



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES

**Transición a la paternidad y a la maternidad:
Hacia una corresponsabilidad en la crianza**

Autor: Jaime García Mayordomo

Directora: María Pilar Martínez Díaz

Madrid

2021/2022

RESUMEN

El nacimiento del primer hijo supone una de las experiencias vitales más significativas para las familias. Con la llegada del recién nacido, la pareja entra a constituir un nuevo sistema parental, definido por las labores de cuidado y crianza. Este proceso evolutivo, conocido como transición a la paternidad/maternidad, puede llegar a significar en los progenitores tanto un periodo de crisis como una oportunidad de crecimiento personal.

La investigación ha reflejado que esta transición trae aparejada, como forma de afrontar las nuevas demandas, una significativa “tradicionalización” de los roles de género, según la cual madre y padre adoptan, desigual y respectivamente, roles de cuidadora y sustentador. No obstante, el desarrollo psicosocial de los hijos parece verse favorecido por el cuidado de ambos progenitores. Además, la tradicionalización del modelo familiar entra en conflicto con la incorporación de la mujer al mercado laboral, traduciéndose en una mayor sobrecarga para las madres.

La participación del padre en la crianza será considerada positiva en tanto cumpla con las dimensiones de *implicación*, *accesibilidad* y *responsabilidad*. Se ha encontrado que esta última habilidad, referida a asegurarse de que el niño recibe el cuidado adecuado y a tomar la iniciativa en las gestiones necesarias para que así sea, es distintiva de la paternidad no-tradicional. Sin embargo, su puesta en práctica excede el compromiso inicial de muchos varones y constituye la dimensión de la crianza más exigente y difícil de cultivar para los padres, como muestra el estudio sobre anticipación prenatal. En cuanto a las madres, su característico *gatekeeping* a modo de mecanismo de regulación del contacto con el hijo también ha mostrado ejercer gran influencia sobre la crianza paterna.

Desde la intervención psicológica, conviene avanzar hacia una *corresponsabilidad* parental real que posibilite la consecución del modelo doble ingreso-doble cuidador. Las redes formales deben ofrecer apoyo amplio, diverso y específico, en función de la etapa del ciclo vital y las condiciones familiares concretas.

Palabras clave: transición a la paternidad/maternidad, corresponsabilidad, participación del padre, anticipación prenatal, gatekeeping.

ABSTRACT

One of the most significant life-events a family experiences is the birth of the first child. With the arrival of the new-born, the couple begins to constitute a new parental system, defined by the tasks of care and breeding. This evolutionary process, known as the transition to parenthood, can entail both a period of crisis and an opportunity for personal growth for parents.

Research showed that this transition brings with it, as a way of coping with the new demands, a significant *traditionalization* of gender roles, according to which mother and father adopt, unequally and respectively, roles of caregiver and breadwinner. However, the psychosocial development of children seemed to be favoured by the upbringing of both parents. Furthermore, the traditionalization of the family model conflicts with the widespread incorporation of women into the labour market, which translates into a greater burden for mothers.

Paternal involvement in childcare would be considered positive as long as it meets the dimensions of *engagement*, *accessibility* and *responsibility*. It has been found that the latter ability, which refers to ensuring that the child receives adequate care and taking the initiative in the necessary resources to do so, is distinctive of non-traditional fatherhood. Nonetheless, implementing the *responsibility* exceeds the initial commitment of many men and constitutes the most demanding dimension of parenting and the most difficult to cultivate for fathers, as the study on prenatal anticipation showed. Regarding mothers, their characteristic *gatekeeping*, a mechanism for regulating contact with their child, has also been shown to exert a great influence on paternal involvement.

From the perspective of psychological intervention, it is advisable to move towards real parental *co-responsibility* which enables the achievement of the *dual-earner/dual-carer* model. Formal networks must offer broad, diverse and specific support, depending on the stage of the life cycle and the particular family conditions.

Keywords: transition to parenthood, co-responsibility, paternal involvement, prenatal anticipation, gatekeeping.

Índice

1. Familias de doble empleo: hacia una igualdad en lo laboral.....	1
2. Transición a la parentalidad: el inicio del camino hacia la desigualdad.....	2
2.1. La paternidad/maternidad como transición evolutiva.....	2
2.2. Cambios y adaptaciones a nivel personal	2
2.3. Cambios y adaptaciones a nivel interpersonal	3
2.4. Fuentes de variabilidad en la transición a la maternidad y la paternidad	7
2.4.1. <i>Características personales del progenitor</i>	8
2.4.2. <i>Características de la relación de pareja entre los progenitores</i>	10
2.4.3. <i>Características del bebé</i>	11
3. Participación del padre en la crianza: la familia de “doble cuidado”	12
3.1. Definición de participación positiva del padre	12
3.2. Durante el embarazo: Anticipación prenatal.....	13
3.3. Tras el nacimiento: <i>maternal gatekeeping</i> (o vigilancia materna)	16
3.3.1. <i>Definición y consideraciones previas</i>	16
3.3.2. <i>Conceptualizaciones dimensionales y tipologías</i>	18
3.3.3. <i>Investigaciones recientes sobre gatekeeping</i>	23
4. Conclusiones.....	24
5. Bibliografía.....	26

1. Familias de doble empleo: hacia una igualdad en lo laboral

Con la incorporación progresiva y generalizada de la mujer al mercado laboral durante el transcurso de las últimas décadas, el modelo familiar tradicional de “varón sustentador” ha dejado de erigirse como mayoritario para ser sustituido por el llamado modelo de “doble empleo” (Martínez-Díaz, 2019). Atendiendo a las estadísticas, en España el primero ha pasado de representar el 48% de las familias en el año 1999 a tan solo el 27% en el 2017, mientras que las parejas de doble empleo o ingreso, partiendo del 43%, han alcanzado el 61% del total entre estos mismos años (Castro et al., 2018).

A raíz de este significativo cambio social, surge un gran número de parejas en las que, siendo igualitarios, ambos miembros habrían de compatibilizar demandas laborales y domésticas, afrontando una situación compleja ante la que apenas cuentan con modelos de referencia en su contexto más cercano (Carrasco & Martínez-Díaz, 2011). Entre las tareas del hogar a las que hacemos referencia, se incluyen con frecuencia el cuidado y crianza de los hijos, dado que el proceso de convertirse en madre o en padre continúa siendo una experiencia común a la mayoría de los adultos (Hidalgo & Menéndez, 2009).

En el terreno de las actitudes, las parejas españolas parecen evolucionar hacia un modelo familiar de doble ingreso-doble cuidador, pero lo cierto es que existe en la mujer una mayor dedicación práctica y temporal al trabajo doméstico y la crianza de los hijos y, con ello, una mayor sobrecarga (Castro et al., 2018). Así pues, lejos de una conciliación, más bien parece producirse una contradicción entre el *nuevo modelo laboral* descrito y el *viejo modelo familiar*, basado en la división de trabajo según el género (Martínez-Díaz, 2019).

Con el tiempo, esta desigualdad en la dedicación al ámbito doméstico se convierte en fuente de profunda insatisfacción tanto para mujeres como para varones, la cual es expresada como queja explícita o implícita en el marco de la terapia familiar y de pareja. Por el contrario, aquellas parejas de doble ingreso que perciben una mayor equidad en forma de corresponsabilidad doméstica informan de una mayor facilitación y satisfacción con el equilibrio conseguido. En concreto, un mayor nivel de participación positiva por parte del padre en la crianza de los hijos se asocia con una mejor conciliación familia – trabajo, con su correspondiente satisfacción marital (Zimmerman et al., 2003).

Sin duda, el notable cambio en el modelo laboral exige de su correspondiente cambio en el modelo familiar, un movimiento de ajuste mutuo, contrario a la espontánea redefinición tradicional de muchas parejas ante el nacimiento del primer hijo (Martínez-Díaz, 2019).

2. Transición a la parentalidad: el inicio del camino hacia la desigualdad

2.1. La paternidad/maternidad como transición evolutiva

El nacimiento del primer hijo supone una de las experiencias vitales más significativas en la vida de las familias. Con la llegada del recién nacido, la pareja, que hasta entonces era exclusivamente equivalente al sistema conyugal, entra a constituir un nuevo sistema: el parental, definido en un primer momento por la atención a las necesidades de cuidado del nuevo miembro familiar, proceso conocido como transición a la paternidad/maternidad (Martínez-Díaz, 2019).

A pesar del acusado descenso en la natalidad recientemente producido en países como el nuestro (Castro et al., 2018), la transición evolutiva a la que hacemos referencia tiene aún carácter normativo, pues convertirse en madre o padre¹ continúa siendo una experiencia común a la mayoría de los adultos. Al igual que otros muchos periodos de cambio y especial vulnerabilidad en el desarrollo, caracterizados por la inestabilidad y necesidad de adaptación, la transición a la paternidad/maternidad se ha convertido en un importante objeto de estudio, dado que el nacimiento de un hijo como suceso evolutivo puede llegar a significar en la vida de sus progenitores tanto un periodo de crisis como una oportunidad de crecimiento personal (Hidalgo & Menéndez, 2009).

2.2. Cambios y adaptaciones a nivel personal

Es bien sabido que convertirse en progenitor constituye un acontecimiento sumamente relevante en el desarrollo psicológico del ser humano, en tanto implica la incorporación a la identidad personal de un nuevo rol que enriquece y complejiza el autoconcepto. En concreto, la experiencia de ser madre o padre se ha asociado al crecimiento personal de madurar, consolidarse como verdadero adulto y dar sentido a la propia vida, al permitir la satisfacción de la generatividad como necesidad psicosocial básica en el periodo evolutivo de la adultez (Hidalgo & Menéndez, 2009).

Por otra parte, se suele experimentar de forma negativa la notable modificación de los hábitos cotidianos (tiempo disponible para uno mismo, rutinas de sueño y descanso, ocio, tiempo libre...) para atender las ineludibles exigencias de cuidado que supone ocuparse de un recién nacido, sobre todo durante los primeros meses y en relación con los cambios que se perciben como más duraderos (C. P. Cowan & Cowan, 2019).

¹ En este trabajo, consideraremos el término “progenitor(es)” para referirnos tanto a las madres como a los padres, mientras que el término “padre(s)” será empleado únicamente para hacer alusión a los varones. Asimismo, salvo que se especifique distinción, el término “hijo(s)” incluirá tanto a niño(s) como a niña(s).

Asimismo, entre los progenitores primerizos se ha encontrado un frecuente sentimiento de inseguridad, el cual es manifestado en forma de dudas, incertidumbre y preocupación sobre temas relacionados con los conocimientos y destrezas específicas que se requieren para cuidar de un bebé (cómo calmarlo cuando llora, saber por qué llora...) y con cómo redistribuir los papeles anteriores para asumir las nuevas responsabilidades domésticas (conciliar el cuidado del recién nacido con la actividad laboral, acordar entre ambos progenitores las tareas de cuidado y crianza...) (Hidalgo & Menéndez, 2009).

En el estudio de Lévesque et al. (2020) se señala que el principal reto del nuevo progenitor a un nivel personal reside en combinar y balancear sus diferentes roles e identidades (tanto la propia identidad, como la de ser padre/madre y pareja). Durante la transición a la paternidad/maternidad, los progenitores priorizaban su nueva función parental hasta el punto de descuidar o minimizar su dedicación a otras necesidades organizativas (manejo diario) y psicológicas (carga de trabajo mental). Sus resultados muestran la gran dificultad que encuentran los padres y madres primerizos para reservarse un tiempo para ellos mismos cuando la rutina diaria gira en torno al recién nacido y sus necesidades. De hecho, muchos de ellos destacaban seguir siendo muy conscientes de las necesidades del bebé incluso cuando estaban realizando otro tipo de actividades por su cuenta. Así pues, cuando el rol parental se convierte en la única prioridad, las necesidades individuales parecen quedar eclipsadas por las del recién nacido y esta tendencia a la abnegación puede terminar induciendo en los progenitores sentimientos de pérdida de individualidad.

Por último, cabe destacar que existe amplia literatura científica acerca del efecto que la transición a la parentalidad ejerce sobre el estado anímico y ajuste afectivo de los nuevos padres y madres. Si bien es cierto que la tasa de depresión tras el nacimiento del primer hijo es mucho menor en hombres que en mujeres, la probabilidad de que los padres informen de estados de ánimo depresivos aumenta de forma significativa cuando la madre está atravesando una depresión postparto (Matthey et al., 2000), una asociación que apoya la idea de concebir a las familias y su bienestar en términos de ajuste como un sistema.

2.3. Cambios y adaptaciones a nivel interpersonal

Los cambios interpersonales más significativos asociados a la paternidad/maternidad se producen, sin duda, en el marco de la relación de pareja entre los progenitores (Hidalgo & Menéndez, 2009). La llegada del bebé a la vida de la pareja requiere importantes adaptaciones en las responsabilidades y roles de ambos miembros que la componen, en tanto una relación diádica pasa a convertirse en un sistema triádico. De acuerdo con la

teoría familiar sistémica, cabe esperar que este cambio en el sistema afecte tanto al funcionamiento individual de cada progenitor como a su relación conyugal (Ryan & Padilla, 2019).

En este sentido, uno de los hallazgos más consistentes de la literatura sobre la transición a la parentalidad hace referencia a que la calidad de las relaciones románticas entre los nuevos padres y madres desciende tras el nacimiento del primer hijo. Por citar un ejemplo, Condon et al. (2004) encontraron que, a pesar de mantener cierta estabilidad en su salud mental, la satisfacción marital de los padres varones decrecía durante el primer año de vida del bebé, informando de niveles más bajos de consenso, cohesión y afecto con sus parejas. Así pues, debemos entender este deterioro relacional sobre la base de los efectos que la transición a la paternidad ejerce en distintos ámbitos de la relación conyugal.

En primer lugar, la atención a las exigentes demandas de cuidado del recién nacido supone una significativa alteración en las actividades compartidas y los hábitos previos de la pareja en forma de disminución notable tanto en el tiempo compartido y dedicado al ocio como en la frecuencia y satisfacción con las relaciones sexuales (Hidalgo & Menéndez, 2009). A este respecto, Dew & Wilcox (2011) encontraron que la disminución de la cantidad de tiempo que las madres informaban pasar con sus maridos explicaba en gran medida el descenso en la satisfacción marital durante el primer año de parentalidad. Dada esta escasez de tiempo disponible para la pareja, entendemos que sus miembros refieran menor número de actividades conjuntas de ocio y descenso en la intimidad sexual, una insatisfacción que puede llegar a suponer un mayor impacto en el varón que en la mujer. Tal y como queda reflejado el estudio de Condon et al. (2004), los padres varones informaban de disminuciones drásticas en la satisfacción sexual desde el embarazo y hasta tres meses después del parto. Dado que tanto la frecuencia como la satisfacción asociada a la intimidad sexual constituyen fuertes predictores de la satisfacción marital, se entiende que la reducción en la frecuencia sexual erosiona la calidad global de la relación (Ryan & Padilla, 2019).

Asimismo, tan obvia como a veces olvidada, se ha encontrado que la falta de sueño es otro factor que contribuye al descenso de la calidad de la relación. Tras la llegada del bebé, el sueño de los nuevos progenitores puede verse alterado cada noche y durante semanas o meses en términos de cantidad, calidad y consistencia (Bayer et al., 2007; Gay et al., 2004). Concretamente, el sueño de las madres se ve más perjudicado que el de los padres, dado que suelen ser ellas las que alimentan y calman a los bebés con mayor

frecuencia (Elek et al., 2003; Gay et al., 2004). La privación y interrupción del sueño predice un estado de ánimo más negativo, pudiendo mermar el funcionamiento cognitivo necesario para una adecuada calidad tanto del cuidado como de las relaciones conyugales (Medina et al., 2009). Esto significa que un progenitor cansado reaccionará con mayor probabilidad de forma negativa a los problemas y pondrá en marcha recursos más pobres de resolución de los mismos (Ryan & Padilla, 2019). En congruencia, estudios como el realizado por Meijer & Van Den Wittenboer (2007) han encontrado un nexo significativo entre la fatiga por interrupción o falta de sueño y una menor satisfacción conyugal durante la transición a la paternidad.

En tercer lugar, es preciso caer en la cuenta de que la llegada del bebé a la familia introduce su cuidado como una nueva responsabilidad en un hogar que previamente sólo manejaba el trabajo remunerado y las tareas domésticas (Ryan & Padilla, 2019). Así pues, la organización de la dinámica doméstica establecida entre ambos cónyuges tiende a cambiar (Hidalgo & Menéndez, 2009), surgiendo como tercera fuente de conflicto frecuente entre los nuevos progenitores el desacuerdo o la insatisfacción con el reparto de responsabilidades del hogar. Según Cowan & Cowan (2000), la nueva responsabilidad de cuidado genera conflicto de roles en muchas parejas en tanto uno o los dos progenitores se sienten abrumados con el manejo de un mayor número de demandas en el mismo tiempo.

Desde la publicación del estudio pionero de Sanchez & Thomson (1997), la investigación ha reflejado de forma consistente que la transición a la paternidad/maternidad trae aparejada, como forma de hacer frente a las nuevas demandas de cuidado a las que hacemos referencia, una significativa “tradicionalización” de los roles de género, según la cual madre y padre adoptan, desigual y respectivamente, roles de cuidadora y sustentador. Así pues, con frecuencia y en comparación con el reparto de obligaciones previo al embarazo, la transición a la parentalidad redefine los roles hacia distribuciones de género tradicionales donde la mujer aumenta su dedicación a las tareas domésticas y de cuidado (Hidalgo & Menéndez, 2009) y los varones aumentan o no cambian su nivel de trabajo fuera del hogar (Katz-Wise et al., 2010; Yavorsky et al., 2015).

Concretamente, en España esta “redefinición tradicional” queda reflejada, en cuanto a dedicación temporal se refiere, en una disminución de la implicación en el trabajo y un aumento de implicación en el cuidado de los hijos por parte de las mujeres, así como en ligero aumento del tiempo dedicado al cuidado en varones (Dominguez-Folgueras, 2015).

Las investigaciones hipotetizan que las mujeres manifiestan mayores descensos en la satisfacción marital durante la transición a la parentalidad que los hombres en parte por su percepción de injusticia en cuanto al reparto de responsabilidades domésticas tras el embarazo (Dew & Wilcox, 2011). De esta forma, las madres con creencias de género menos tradicionales informan de mayor insatisfacción con este cambio que aquellas con ideales de género más tradicionales (Belsky et al., 1986). Esta insatisfacción parece estar íntimamente ligada con el hecho de que los nuevos padres y madres informan de descensos en la satisfacción de pareja y aumentos en el conflicto cuando sus expectativas durante el embarazo en cuanto a la división de trabajo se ven violadas (Grote & Clark, 2001; Holmes et al., 2013).

Así pues, este proceso de tradicionalización parece ser inesperado en tanto la mayor parte de las parejas suelen anticipar niveles igualitarios de implicación y responsabilidad en el desempeño de tareas domésticas y de cuidado de los hijos. Esta contradicción entre expectativas y realidad es lo que se ha convenido en llamar “violación de las expectativas” (Hidalgo & Menéndez, 2009). De hecho, Hackel & Ruble (1992) encontraron que cuando las expectativas de las mujeres sobre la participación del padre en la crianza no son correspondidas, la satisfacción con la relación de pareja tiende a descender bastante más de lo que ocurre cuando sí son correspondidas.

Frente a estos resultados, no es de extrañar que una mayor implicación del padre en el cuidado diario del bebé se encuentre asociada con una mayor satisfacción marital por parte de la mujer tras el nacimiento, a excepción de aquellas madres que presentan creencias de género altamente tradicionales (Hackel & Ruble, 1992).

En resumen, la violación de las expectativas, concretamente de las referidas a la implicación del padre en la crianza, se relaciona con un mayor deterioro de las relaciones conyugales, mientras que cuando el padre desarrolla una participación en la crianza acorde con lo esperado por la mujer antes del nacimiento del bebé, la relación de pareja se mantiene más estable durante el proceso de transición (Hidalgo & Menéndez, 2009).

El impacto del conflicto de roles en la calidad de la relación conyugal termina siendo particularmente relevante en el presente, momento sin precedentes en el que más madres desempeñan un empleo antes y después del parto. Con el aumento de las familias de doble empleo, tanto hombres como mujeres están realizando más trabajo, dividido entre tareas domésticas, cuidado de los hijos y trabajo remunerado, generándose más oportunidades

para ambos de sentir tanto una sobrecarga como un conflicto de roles asociado (Ryan & Padilla, 2019). Así, Yavorsky et al. (2015) encontraron que, tras el nacimiento del primer bebé, la carga global de trabajo (dividida en las tres áreas previamente mencionadas) aumentaba por semana a 21 horas en las mujeres y a 11 horas en los hombres. Las mujeres tendían a reducir su jornada laboral más que los hombres, pero terminaban encargándose durante más horas de la crianza y el cuidado doméstico que estos, lo que significaba una mayor carga de trabajo general.

Si bien la llegada del hijo suele suponer un decremento en la intensidad y la satisfacción en las relaciones conyugales y esta tendencia se observa de forma consistente en la mayoría de los estudios, las autoras Hidalgo & Menéndez (2003) consideran necesario realizar dos aclaraciones. En primer lugar, los cambios observados, aunque significativos, son siempre de pequeña magnitud, por lo que no se está hablando de grandes crisis, sino de ligeras modificaciones de sentido negativo. En segundo lugar, si bien es cierto que cuando se analizan las tendencias centrales de los datos se encuentra un notable decremento, también lo es que existe una importante estabilidad intrafamiliar: las parejas que mantenían relaciones positivas con anterioridad experimentan cierto declive, pero continúan con la dinámica positiva, mientras que los problemas que ya existían en la pareja previamente a la llegada del bebé son acentuados tras su nacimiento (Hidalgo & Menéndez, 2009). Por tanto, es importante caer en la cuenta de que los cambios y adaptaciones interpersonales durante la transición a la paternidad guardan estrecha relación con la situación conyugal previa al nacimiento del bebé.

2.4. Fuentes de variabilidad en la transición a la maternidad y la paternidad

En los apartados anteriores hemos ilustrado algunos de los principales cambios personales e interpersonales asociados a la maternidad y paternidad. Esta primera aproximación nos permite obtener una visión global y normativa de lo que significa convertirse en madre y padre, pero descuida las importantes diferencias individuales que existen en este proceso.

Tomando las relaciones de pareja como ejemplo, aunque sería de esperar que su calidad descienda durante la transición a la parentalidad debido (entre otras posibles) a las razones mencionadas, lo cierto es que no deja de existir una gran heterogeneidad en este aspecto entre el conjunto de todos los nuevos progenitores. Prueba de ello es que cierta proporción de padres y madres no informan de descensos significativos en su satisfacción conyugal (Belsky & Rovine, 1990) e, incluso, una minoría de ellos informan de una mejora en su satisfacción marital tras el nacimiento del bebé (Holmes et al., 2013).

Dado que realmente existe una gran variabilidad interindividual, en el presente apartado nos proponemos explorar distintos factores que podrían explicar y predecir los procesos diferenciales que las parejas viven durante su transición a la parentalidad. Este análisis nos advierte de que, más que repercusiones generalizadas y uniformes, existen distintas formas de afrontar y resolver la transición a la paternidad/maternidad (Hidalgo, 1998).

2.4.1. Características personales del progenitor

Comenzando por cuestiones de *género*, la investigación muestra de forma consistente que convertirse en madre o en padre significan dos procesos diferentes (Cowan & Cowan, 2000). En términos generales, los datos empíricos disponibles sugieren que la maternidad genera más impacto en la mujer que la paternidad en el hombre. Al convertirse en madres, las mujeres experimentan mayores cambios en los roles que constituyen su identidad, en su situación laboral y en las relaciones con familiares y amigos (Hidalgo & Menéndez, 2009). Asimismo, el declive percibido en la satisfacción conyugal tras la llegada del recién nacido parece ser más notable por parte de la mujer (Hidalgo & Menéndez, 2003).

En lo que respecta a la *edad*, los estudios apuntan a que, por lo general, resulta más beneficioso acceder a la paternidad/maternidad tarde que convertirse en padre o madre demasiado pronto. Esto se debería a que la mayor madurez emocional que, se presupone, tendrían las personas de mayor edad les permitiría estar más preparadas para afrontar el nuevo rol parental. Por otro lado, a mayor edad de ambos miembros de la pareja en el momento de convertirse en progenitores, existe mayor probabilidad de que las relaciones conyugales gocen de estabilidad y se trate de un embarazo deseado (Hidalgo, 1998).

En relación con las características de *personalidad*, la adaptación a la parentalidad se ve facilitada por la madurez y estabilidad emocional. Concretamente, el ajuste óptimo pasa por una alta *autoestima* y un *locus de control interno* que afirmen la propia competencia para responder a las nuevas exigencias y, en el caso concreto de los padres varones, una adopción de roles no estereotipada o tradicional (Hidalgo, 1998).

En el modelo de Heinicke (1984) se identifican tres características de personalidad que predicen mejor adaptación al desempeño del rol parental: 1) *competencia de adaptación*, entendida como la actitud eficiente, tranquila, persistente y flexible del progenitor hacia la resolución de problemas, lo que requiere de paciencia y autocontrol; 2) *capacidad para establecer y mantener conexiones positivas* a largo plazo, manifestada por la empatía y

reciprocidad del progenitor en sus diferentes relaciones interpersonales; 3) *autodesarrollo* en tanto capacidad para actuar de manera diferenciada y autónoma, seguro de uno mismo.

Desde modelos más recientes y extendidos, como es el caso de “los Cinco Grandes”, se ha encontrado que aquellas madres con puntuación alta en *amabilidad* tienen expectativas más realistas sobre las tareas del hogar y el cuidado de los niños, juzgan menos la crianza de sus padres y son menos propensas a defender roles familiares tradicionales. Por su parte, las madres *extrovertidas* apoyan más la crianza de los padres, mientras que las que obtienen puntuaciones altas en *neuroticismo*, por otro lado, tienen estándares de cuidado infantil más altos, valoran más su identidad materna y son más críticas con sus cónyuges. Finalmente, las madres altamente *responsables* en cuanto al bienestar de sus hijos desean tener más control sobre la toma de decisiones. Estos resultados sugieren que las familias en las que las madres tienen personalidades particulares, especialmente caracterizadas por el *neuroticismo*, pueden causar niveles más bajos de participación del padre en la crianza de los hijos (Lee, 2010). No se han encontrado estudios análogos para los padres varones.

En cuanto a los rasgos de personalidad que influyen en la calidad de la relación de pareja, Don & Mickelson (2014) encontraron que los progenitores con niveles altos y estables de satisfacción conyugal a lo largo de la transición a la parentalidad tenían fortalezas de personalidad distintivas antes del nacimiento, entre las que se encontraban baja *ansiedad* en padres y altos niveles de *autoestima* en madres. Asimismo, bajo *neuroticismo* en el varón (Bouchard & Poirier, 2011), alta *autorregulación emocional* en la mujer (Levy-Shiff, 1994) y altos niveles de *amabilidad* en ambos (Belsky & Hsieh, 1998) se asocian con menores descensos en la calidad relacional durante la transición a la parentalidad.

Para finalizar con las características personales del progenitor, cabe destacar la existencia de *estrategias cognitivas* generales que permiten afrontar y resolver con éxito las nuevas demandas inherentes a toda transición evolutiva, tales como la adopción de perspectivas, la capacidad analítica, la toma de decisiones y la resolución de problemas. En cuanto a *aspectos cognitivos* se refiere, el conjunto de conocimientos, creencias, actitudes, valores y expectativas que constituye el bagaje evolutivo-educativo de los progenitores puede propiciar maneras muy distintas de acceder a la parentalidad. Así pues, disponer de un conjunto estructurado y sólido de ideas sobre lo que significa convertirse en padre/madre puede ayudar a hacer frente a muchas de las tareas asociadas a dicha transición evolutiva. Por el contrario, la carencia de esquemas de conocimiento y expectativas ajustadas a la

hora de acceder a la parentalidad intensifica la inseguridad sobre la propia capacidad de interpretar y actuar frente a las nuevas situaciones y necesidades del bebé (Hidalgo, 1998).

2.4.2. Características de la relación de pareja entre los progenitores

Puesto que el proceso de convertirse en padre/madre es tanto personal como familiar, el resultado de la transición a la parentalidad dependerá en gran medida de las relaciones existentes entre los progenitores previa y posteriormente a la llegada del bebé. La idea es que su nacimiento, más que originar cambios llamativos e inexplicables sobre la relación conyugal, simplemente acentúa tendencias ya presentes en la misma (Hidalgo, 1998).

De hecho, una buena relación de pareja previa a la llegada del recién nacido parece ser el mejor predictor tanto de una óptima adaptación a la paternidad/maternidad como de que la interacción entre los progenitores continuará siendo satisfactoria. En concordancia, el estudio de Cowan & Cowan (2000) muestra que aquellos padres y madres que manifiestan una baja calidad en su relación conyugal anterior a la transición a la parentalidad también informan de mayores descensos en dicha calidad durante el primer año de vida del bebé. Por otro lado, el nivel de apoyo emocional que las madres sienten que los padres ofrecen antes del nacimiento también predice una estabilidad en la satisfacción conyugal a lo largo de la transición posterior (Don & Mickelson, 2014).

Tras el nacimiento del bebé, un aspecto de gran importancia para la relación entre los progenitores es el *apoyo percibido por parte del cónyuge*. Dicho apoyo no sólo se trata de una fuente de ayuda externa a los propios recursos personales, en ocasiones percibidos como insuficientes, sino que, lejos de constituir un apoyo cualquiera, este procede del co-protagonista de la historia, con quien se comparte la vida. Ser sensible a las necesidades del recién nacido y adoptar actitudes de cuidado positivas es más sencillo en la medida en que se percibe a la pareja como una figura de ayuda cercana, con quien se comparte la responsabilidad de la crianza (se habla de *corresponsabilidad*). En definitiva, disponer de este apoyo significa “afrontar juntos” la transición a la parentalidad (Hidalgo, 1998).

Por último, otra fuente de variabilidad en las parejas reside en su planificación de las futuras adaptaciones ante la llegada del bebé. Así pues, los progenitores que no anticipan el nacimiento de su primer hijo manifiestan mayores descensos en la satisfacción marital durante el primer año de vida del infante (Cox et al., 1999). Esto sugiere que tanto la preparación como el mutuo acuerdo protegen a los nuevos padres y madres de experimentar una gran tensión durante la transición.

2.4.3. Características del bebé

Las interacciones dentro del sistema familiar son multidireccionales, de tal forma que, si bien los progenitores y la relación entre ambos determinan el desarrollo del niño, también este influye inevitablemente en sus cuidadores y la relación conyugal. En este sentido, las características diferenciales de los recién nacidos contribuyen a explicar la variabilidad existente en el ajuste de la pareja a la paternidad/maternidad (Hidalgo, 1998).

En lo que respecta al género del bebé, Cox et al. (1999) encontraron que los padres y madres de bebés niñas informaban de mayores descensos en la satisfacción conyugal en términos de interacciones durante el primer año de paternidad/maternidad. Esto parece deberse a una cierta “ventaja” de los niños varones, en tanto los padres (varones) tienden a dedicar de media una mayor cantidad de tiempo con ellos que con las niñas, al menos en lo que se refiere a actividades de juego (Yeung et al., 2001). En congruencia con esta idea, en el estudio de Elek et al. (2003) los padres (varones) de bebés varones referían sentir mayor satisfacción parental y autoeficacia en su cuidado que los de bebés niñas.

Por otro lado, los niños con temperamento difícil, caracterizados por alta emocionalidad negativa y baja sociabilidad, son más difíciles de cuidar y pueden suponer una carga de tensión adicional a los nuevos padres y madres (Putnam et al., 2002). Los datos reflejan de manera contundente que el temperamento difícil complica el acceso a la paternidad/maternidad, siendo un factor predictor tanto de estrés y preocupación en los cuidadores, como de declive en la calidad de las relaciones conyugales (Hidalgo, 1998), manifestado con frecuencia en mayores niveles de conflicto entre los progenitores durante el primer año de vida del bebé (Holmes et al., 2013). Asimismo, se ha encontrado que los padres de hijos con un temperamento más difícil están menos involucrados en comportamientos de afiliación y de juego, generando actitudes y percepciones menos positivas hacia la paternidad. Este distanciamiento del padre en la crianza también contribuye al descenso en la satisfacción con el matrimonio por parte de la mujer (Knauth, 2001).

Aunque existen otras muchas variables dignas de analizar (estilo de apego, posibles necesidades especiales...), en general se podría concluir que cualquier característica del bebé que suponga un aumento del estrés asociado al rol de cuidador o que incremente las desigualdades percibidas en los roles parentales tiende a tensionar y perjudicar las relaciones conyugales durante la transición a la parentalidad (Ryan & Padilla, 2019).

3. Participación del padre en la crianza: la familia de “doble cuidado”

Como señalábamos al comienzo de este trabajo, si bien la mujer ha realizado la transición hacia el mundo laboral para conformar una familia de “doble ingreso”, parece que ha llegado el momento de que el varón recorra el camino recíproco de abrazar el ámbito de la crianza y lo doméstico, constituyendo de esta forma lo que se ha convenido en llamar familia de “doble cuidado” (Martínez-Díaz, 2019).

Así pues, conviene analizar la participación del padre en la crianza de los hijos, pues su implicación en este tipo de tareas supone un reparto más igualitario de responsabilidad, para profundizar después en la anticipación prenatal y el *gatekeeping* como dos de las variables que intervienen en la adopción de características paternas no-tradicionales.

3.1. Definición de participación positiva del padre

En términos generales, la participación del padre hace alusión al grado en el que éste desarrolla contacto directo y actividades compartidas con su hijo (Martínez-Díaz, 2019). Siguiendo la extensamente utilizada propuesta de Lamb et al., (1987), dicha participación será considerada “positiva” en tanto cumpla con las siguientes tres dimensiones.

En primer lugar, encontramos tanto la *implicación*, entendida como interacción directa con el niño en forma de cuidado, juego y tiempo de ocio; como la *accesibilidad*, en tanto disponer de tiempo material para estar con el niño y atender sus necesidades en caso de que fuera pertinente. Los estudios muestran un progresivo incremento de participación en los varones, sobre todo respecto a estas dos primeras dimensiones (Martínez-Díaz, 2019).

La tercera y última dimensión es la *responsabilidad*, referida al papel que asume el padre para asegurarse de que el niño recibe el cuidado adecuado, tomando la iniciativa en las gestiones necesarias para que así sea, tales como pedir citas médicas, contratar niñeras, gestionar recursos de cuidado, determinar si el niño necesita nueva ropa... (Lamb et al., 1987). Por lo tanto, fuera del tiempo de interacción directa, esta definición comprende tanto la actividad de *cuidado indirecto* como el *proceso* de responsabilidad (Pleck, 2010).

El *cuidado indirecto* incluye toda actuación concreta emprendida, no directamente “con” el hijo, sino más bien “para” garantizar su bienestar, distinguiéndose dos ámbitos posibles de compromiso paterno. El *cuidado indirecto material* supondría adquirir y organizar bienes y servicios para el niño. Dentro de esta subcategoría, se tienden a excluir las tradicionales actividades de sostén económico, siendo la gestión del cuidado infantil por parte del padre la que ha recibido mayor atención en la investigación, concretamente en

lo que se refiere a la salud del niño (organizar citas con profesionales médicos: pediatras, dentistas...). Por su parte, el *cuidado indirecto social* o “responsabilidad comunitaria” de los padres consistiría en promover las conexiones del hijo con la sociedad. Incluye el desempeño de un rol directivo en sus relaciones de amistad, así como la manifestación de apoyo y defensa en favor del niño ante las distintas instituciones sociales (Pleck, 2010).

La responsabilidad como *proceso* hace referencia a la capacidad de los padres de detectar las necesidades, tomar la iniciativa y supervisar lo que es necesario para el cuidado de los hijos (Pleck, 2010). También conocida como “consciencia parental”, se entiende que esta habilidad es particularmente distintiva de la paternidad no-tradicional, pues se ha probado que, a la hora de monitorizar las tareas de cuidado, los padres se suelen mostrar menos atentos que las madres y más propensos a esperar instrucciones explícitas de actuación, adquiriendo así un rol secundario de “ayudante” de la mujer (González et al., 2018).

Como indica Pleck (2010), además de las medidas cuantitativas de estas tres dimensiones, las investigaciones suelen incluir dos variables cualitativas adicionales para operativizar el constructo de participación del padre. Así pues, más allá del tiempo de interacción, la medida de la *implicación* evoluciona para explorar las actuaciones paternas que tienen calidad suficiente para promover el desarrollo de los hijos. Se considera, por tanto, la variable *calidez y responsividad* (o capacidad de respuesta), la cual se expresa y registra con frecuencia por las muestras de afecto tanto físicas (abrazar) como verbales (decir al hijo que le quiere o aprecia algo que hizo). Por último, el componente de *responsabilidad* se operativiza como *control*, el cual incluye tanto la supervisión del hijo (conocimiento de su paradero) como la toma activa de decisiones de crianza por parte del padre.

Con el objeto de justificar la conveniencia del estudio de la participación paterna en la crianza, cabe destacar que existe amplia evidencia de que el desarrollo psicosocial de los hijos se ve favorecido por la implicación de ambos progenitores, de forma que aquellos que han experimentado una interacción positiva con su padre, caracterizada por la calidad en la cercanía, responsividad y estructura, tienden a mostrar mayores competencias cognitivas, sociales y emocionales, así como mayores niveles de autoestima y menores problemas de conducta (Cowan & Cowan, 2019; Cowan et al., 2009).

3.2. Durante el embarazo: Anticipación prenatal

Una de las variables psicológicas que más parecen predecir participación positiva paterna es la “anticipación prenatal” de los varones durante el embarazo de sus parejas, entendida

esta como la construcción de una identidad no-tradicional como padre y el desarrollo de planes realistas de adaptación del tiempo de trabajo para cubrir las futuras necesidades de cuidado del recién nacido (González et al., 2018). Esta definición queda enraizada en la teoría de la identidad, según la cual el comportamiento de la persona buscaría validar el conjunto de significados, roles y expectativas internalizados (proveedor, cuidador...) que se asocian con estatus concretos de identidad (“ser padre”). Así pues, los hombres que se identifiquen de forma central con una paternidad no-normativa, esto es, más cercana a la corresponsabilidad en el cuidado, encontrarán una mayor motivación para actuar los roles asociados desde el mismo momento del embarazo (Cabrera et al., 2008).

Con el propósito de estudiar bajo qué circunstancias concretas la anticipación prenatal se convertía en participación positiva en la crianza, González et al. (2018) seleccionaron una muestra de futuros padres españoles a los que entrevistar antes y después del nacimiento de su primer hijo. Todos ellos se hallaban inmersos en relaciones de pareja caracterizadas por una división no tradicional de género en el trabajo doméstico, asumiendo que serían los que más se parecerían a sus mujeres en las labores de crianza. En función de su proceso de anticipación durante el embarazo, surgieron tres perfiles diferentes de padres.

Bajo el nombre de “*paternidad improvisada*” se hacía referencia a todos aquellos que no mostraron cambios emocionales ni prácticos, como si la futura paternidad fuera algo fácilmente acomodable a sus vidas laborales. Si bien se mostraban listos para asumir la crianza en caso de ser necesario, estos varones entendían que eran las mujeres las que, de una forma natural, se encontraban conectadas con el cuidado de los niños, no siendo ellos mismos los principales responsables de esta labor. Por este motivo, sumado a sentirse insustituibles en sus puestos de trabajo, no consideraban pedir la baja completa por paternidad ni realizar cambios sustanciales en sus rutinas laborales. En esta misma línea, no estaban dispuestos a sacrificar su tiempo libre. Con todo, terminaron siendo padres implicados, pero no accesibles ni responsables.

En segundo lugar, se distinguía un grupo de varones caracterizados por una “*paternidad mal planeada*”. Aunque estos padres habían experimentado un proceso de adaptación emocional durante el embarazo, se mostraban partidarios de realizar ajustes espontáneos a las necesidades del bebé, no siendo capaces de prever toda la atención necesaria para cuidar de un recién nacido. Así pues, no formulaban sus expectativas laborales de una forma realista ni anticipaban ningún cambio significativo en el trabajo. Como resultado, mostraron una paternidad implicada y parcialmente accesible, pero de ningún modo

responsable. El hecho de confiar en las madres les permitía alcanzar una aproximación relajada a la crianza, como si esta fuera algo opcional para el varón, no así para la mujer.

Por último, las autoras encontraron en su muestra un grupo significativo (64%) de futuros padres que adoptaban un perfil de “*paternidad comprometida*”. Más allá de ser capaces de anticipar necesidades concretas de cuidado, así como las correspondientes tareas para darles respuesta, estos varones se mostraban activamente involucrados en los preparativos durante el embarazo, concebían su trabajo remunerado como un apoyo instrumental para la familia, entendían la crianza como una labor gratificante y manifestaban explícitamente los planes de adaptación correspondientes para llevarla a cabo. No obstante, tras el nacimiento del bebé y en contra de los resultados esperados, este proceso de anticipación comprometida no necesariamente se materializaba en prácticas reales de cuidado que cubrieran las tres dimensiones de participación positiva descritas por Lamb et al. (1987), como era el caso de hasta el 40% de estos padres (a priori) comprometidos. Aunque había quienes fallaban en *accesibilidad*, la gran mayoría de este llamativo porcentaje mostraban dificultades en ejercer su paternidad desde la *responsabilidad*.

Dos conclusiones se podían extraer del trabajo de González et al. (2018). En primer lugar, que un reparto igualitario del trabajo doméstico, como el que caracterizaba a todas las parejas de la investigación, no se relaciona de forma directa con una corresponsabilidad en la crianza en la que los padres adoptan una paternidad comprometida, tal y como demuestran los dos primeros perfiles descritos. Por otro lado, aunque siempre puedan existir ciertas discrepancias entre las intenciones previas de los padres y sus posteriores prácticas reales, encontramos evidencias de que, en nuestro país, aquellos varones que cumplen con las dos condiciones de la anticipación prenatal suelen desarrollar una paternidad no sólo más implicada y accesible, sino cualitativamente diferente en tanto responsable, esto es, proactiva y propia de una paternidad no-tradicional.

Entre las causas de que los padres de su investigación no desarrollaran una anticipación y/o implicación adecuadas, las autoras apuntan hacia las políticas sociales de paternidad en España. Lejos de promover su participación, estas fomentarían que los cuidados se adscriban principalmente a la madre, legitimando una división asimétrica de la crianza y perjudicando en última instancia la consecución de una conciliación familia-trabajo y el bienestar de las familias. Puesto que actualmente algunas de esas políticas han cambiado (por ejemplo, el permiso de paternidad es de igual duración al de maternidad, 16 semanas) resulta necesario retomar la investigación en nuestro país bajo estas nuevas condiciones.

3.3. Tras el nacimiento: *maternal gatekeeping* (o vigilancia materna)

3.3.1. Definición y consideraciones previas

En base a las últimas investigaciones, el término “*gatekeeping* materno” hace referencia a las creencias y comportamientos tanto conscientes como inconscientes de las madres que pueden servir para promover (*gate-open*) o inhibir (*gate-close*) la participación de los padres en el ámbito doméstico y la crianza de los hijos (Schoppe-Sullivan et al., 2008).

Sin embargo, las primeras definiciones del fenómeno lo concebían como un proceso puramente restrictivo, identificando la regulación o vigilancia maternas con actuaciones de desánimo hacia la implicación del padre (Puhlman & Pasley, 2013). En esta línea, Allen & Hawkins (1999) entendían el *gatekeeping* como un conjunto de creencias y comportamientos que, en última instancia, inhibían el esfuerzo colaborativo en la labor familiar entre hombres y mujeres, al limitar las oportunidades de aprendizaje y crecimiento de los padres en relación con el cuidado del hogar y la crianza. Estos procesos maternos se proponían como posible causa de la baja participación paterna en la familia.

Bajo esta misma perspectiva, De Luccie (1995) postulaba que las mujeres realizaban estas actuaciones porque percibían la participación del varón como una amenaza a su identidad como madres. Así pues, la creencia en la idoneidad de los roles familiares diferenciados, la necesidad de validar la propia identidad materna, una valoración negativa de la competencia de los padres en el cuidado de los hijos o la adopción de altos estándares con respecto al cuidado eran sólo algunas razones que podían conducir a las madres a actuar desde el *gatekeeping*. Estos comportamientos incluían asumir la responsabilidad principal de las tareas de crianza, así como criticar las actuaciones del padre cuando trataba de involucrarse en las mismas (Allen & Hawkins, 1999; Fagan & Barnett, 2003).

No obstante, la evidencia empírica indica la existencia del sentido de responsabilidad que empuja a muchos padres hacia la participación en la familia, así como que las mujeres también tienden a valorar positivamente el papel del varón en la crianza y a promover activamente las interacciones padre-hijo en consecuencia (Walker & McGraw, 2000). Puesto que la lógica tras los comportamientos de *gatekeeping* materno reside en la regulación del acceso de los padres al dominio doméstico y de cuidado, actualmente se considera importante conceptualizar el fenómeno de forma más amplia, incluyendo tanto la inhibición y el desánimo como la facilitación y el apoyo dentro del posible repertorio conductual de las madres (Schoppe-Sullivan et al., 2008).

Una vez comprendido el concepto de *gatekeeping*, es necesario realizar una serie de matizaciones en relación con el fenómeno. En primer lugar, cabe destacar que, aun siendo lo más común, el *gatekeeping* no se circunscribe únicamente al ámbito de la crianza ni a la actuación de las madres, sino que los padres también pueden regular el acceso a ciertos dominios, roles o identidades dentro del ámbito familiar, perjudicando así la consecución de organizaciones familiares de trabajo colaborativo (Allen & Hawkins, 1999).

Asimismo, debemos atender a la naturaleza recíproca del fenómeno al que nos referimos, aspecto olvidado por los primeros modelos de *gatekeeping*, motivando así la crítica de autores como Thompson & Walker (1989). Los comportamientos maternos restrictivos bien podrían darse en respuesta a actuaciones previas de los padres (Walker & McGraw, 2000) o para prevenir la participación de un padre considerado abusivo o envuelto en creencias y comportamientos inadecuados para la crianza. Además, por mucho que una madre “abra la puerta” a la participación paterna, la férrea negativa del varón resultaría igualmente en una baja implicación familiar por su parte (Sano et al., 2008). Así pues, específicamente orientados al terreno de la crianza, Puhlman & Pasley (2013) conciben el *gatekeeping* materno no como una “deficiencia” por parte de la madre, sino como un conjunto de interacciones que, en el fondo, reflejarían la relación entre los cuidadores, así como la voluntad y capacidad de ambos por colaborar en la crianza. En esta línea, su modelo tridimensional (el cual será presentado a continuación) se declara aplicable a cualquier configuración familiar en que la responsabilidad de la crianza de los niños sea compartida (por ejemplo, entre abuelo y madre, tía y padre, madre y padre adoptivo, padre y padrastro...). Por nuestra parte, a la hora de presentar ejemplos e investigaciones, nos centraremos en analizar familias biparentales, compuestas por madre y padre.

En tercer lugar, el *gatekeeping* es un proceso dinámico, sujeto a cambio con el transcurso del tiempo. Estas modificaciones pueden ocurrir en cualquier momento de la crianza, a medida que la familia se adapta para dar respuesta a circunstancias externas e internas y afectando a todos los miembros del sistema (Puhlman & Pasley, 2013). Algunos cambios podrían resultar más dramáticos, pero todos ellos dependerán en última instancia de las características particulares de la familia. Ejemplo de ello es que, si bien un divorcio en el que la madre queda con la custodia podría conducirla a actuaciones que restrinjan por completo la participación del padre, Markham & Coleman (2012) encontraron que, tras la separación conyugal, algunas relaciones de coparentalidad, partiendo de ser altamente conflictivas, evolucionaban a ser cooperativas. Asimismo, entre los cambios normativos,

encontramos el inevitable desarrollo evolutivo de los hijos, que exige de los progenitores adaptar sus estrategias de crianza. Es razonable esperar que el *gatekeeping* evolucione a medida que los hijos atraviesan los distintos estadios del crecimiento, no olvidando que los progenitores también van envejeciendo al mismo tiempo (Puhlman & Pasley, 2013).

Finalmente, el *gatekeeping* materno no debe ser considerado como la única o principal barrera o aliciente para una mejor participación paterna en las familias biparentales, sino que constituye una dimensión más del sistema, propuesta para explicar una parte de la variabilidad en la implicación de los padres (Altenburger et al., 2018). Tal y como concluyó Pleck (2010) en su exhaustiva revisión bibliográfica, la implicación del padre se encuentra multi-determinada, no existiendo un indicador que ejerza su influencia de forma exclusiva. Con todo, entendemos que los padres son inevitablemente responsables de su propia participación en el ámbito familiar, jugando un papel importante en los comportamientos de *gatekeeping* materno (Walker & McGraw, 2000).

3.3.2. Conceptualizaciones dimensionales y tipologías

A pesar del reciente auge de modelos teóricos y estudios empíricos de *gatekeeping*, aún no existe consenso sobre la conceptualización de este fenómeno ni la forma de medirlo (Schoppe-Sullivan & Altenburger, 2019). En este trabajo nos centraremos en presentar los dos modelos que, ya sea por su novedad o por su exhaustividad, actualmente nos resultan más reveladores para el estudio de esta variable de la coparentalidad.

Modelo conceptual bidimensional

Asentado sobre la teoría familiar sistémica y su particular noción de bidireccionalidad en las interacciones familiares, este modelo entiende que el *gatekeeping* constituye tanto un *regulador* del comportamiento de crianza de los padres como una *respuesta* a la percepción subjetiva del mismo (Schoppe-Sullivan & Altenburger, 2019).

Según esta propuesta, los comportamientos de *gatekeeping* pueden analizarse en dos dimensiones: (1) como actuaciones, bien de anticipación (proactivas) o bien de respuesta (reactivas), a las creencias y comportamientos del otro progenitor y (2) como actuaciones, bien alentadoras o disuasorias, de la participación del otro progenitor en la crianza. Así pues, las actuaciones proactivas de anticipación serían claramente intencionales, mientras que aquellas respuestas reactivas podrían ser más involuntarias o inconscientes. Ambas dimensiones constituyen un continuo y dan como resultado cuatro tipologías diferentes de *gatekeeping* materno, tal y como procedemos a describir a continuación.

En primer lugar, las madres caracterizadas por un *gatekeeping* de “**apoyo proactivo**” facilitan activamente la participación paterna en la crianza. Así pues, suelen invitar a los padres a implicarse con sus hijos mediante actuaciones como aportar información concreta y consejos para la interacción (“*A María le gusta bañarse con sus muñecas dentro del agua*”) u organizar actividades conjuntas padre-hijo (“*Tenemos dos entradas, ¿por qué no llevas a María al evento de este sábado?*”). En el seno de las relaciones familiares, estas mujeres dirigen la atención del niño hacia la figura paterna (“*¡Mira a papá!*”) y le sugieren realizar actividades con el padre (“*¿Qué te parece si papá te sigue leyendo el cuento?*”) (Schoppe-Sullivan & Altenburger, 2019). Según Fagan & Cherson (2017), este estilo de *gatekeeping* emergería de la preocupación materna por unos bajos niveles de participación del padre y según los motivos particulares de cada madre para desear una mayor implicación en el cuidado por parte del varón. Entre la diversidad de posibles razones, cabe destacar el convencimiento de que la participación paterna resulta beneficiosa para el niño, un deseo de corresponsabilidad en la crianza o la necesidad de descansar de las frecuentemente agotadoras responsabilidades domésticas.

Por su parte, las madres caracterizadas por un *gatekeeping* de “**apoyo reactivo**” se valen del refuerzo positivo para mantener o aumentar la conducta de cuidado paterna. En las interacciones familiares de crianza, estas mujeres adquieren una actitud de cooperación, celebrando las actuaciones de cuidado de los padres, asistiendo con manifiesta ternura y disfrute al encuentro padre-hijo. Más allá del núcleo familiar, estas madres también suelen elogiar la crianza paterna frente a otras personas (“*Es un padre estupendo...*”), así como destacar ante el hijo aspectos positivos de su padre cuando este no se encuentra presente (Schoppe-Sullivan & Altenburger, 2019). Para Fagan & Cherson (2017), este estilo de *gatekeeping* surgiría cuando existe en las madres la creencia de que la participación paterna es deseable para la familia en general o beneficiosa para el niño en particular y, en lo que respecta al varón, este ha demostrado su motivación y competencia en las tareas de crianza, ya sea cumpliendo o superando con creces las expectativas maternas.

En tercer lugar, las madres caracterizadas por un *gatekeeping* de “**desánimo proactivo**” suelen monopolizar la crianza, de tal forma que los padres no tienen apenas oportunidad de interactuar de forma directa con sus hijos. Así pues, estas mujeres pueden llegar a tomar decisiones importantes sobre la vida del niño sin consultar al padre, manejando de forma exclusiva datos relevantes e informando al varón en el último momento para evitar su participación, la cual no es considerada importante o deseable. Entre las causas que

pueden conducir a las madres a adoptar este estilo de *gatekeeping*, se incluirían creencias tradicionales sobre los roles de género, una fuerte necesidad de validación de la propia identidad materna o la falta de confianza en las capacidades de cuidado del varón, ya sea esta justificada o sin justificar (Schoppe-Sullivan & Altenburger, 2019).

Por último, las madres caracterizadas por un *gatekeeping* de “**desánimo reactivo**” se valen de sus reacciones negativas ante la participación paterna como modo de castigo y mantenimiento del control sobre la interacción padre-hijo. Durante las actuaciones de crianza, estas mujeres suelen desalentar los esfuerzos de cuidado del varón y tomar las riendas cuando parecen resultar infructuosos (“*Déjame a mí, anda...*”). Asimismo, estas madres pueden llegar a criticar o burlarse de la crianza del padre delante de otras personas (“*¿Te puedes creer que no la peinó antes de llevarla a la escuela...?*”) o desprestigiar indirectamente al varón frente al hijo (“*Tu padre siempre fue un cocinero horrible...*”). Nótese que para adoptar este estilo de *gatekeeping* tan definido por la crítica, es necesario que el varón muestre cierto grado de motivación e intención de desempeñar labores de cuidado. Estas madres parecen movidas por su ambivalencia sobre la idoneidad de la participación del padre en la educación de los hijos y es probable que mantengan unos altos y poco realistas estándares de parentalidad (Schoppe-Sullivan & Altenburger, 2019).

Modelo tridimensional

Queriendo atender a la complejidad del fenómeno, Puhlman & Pasley (2013) proponen un modelo tridimensional de *gatekeeping* materno, en base a la teoría familiar sistémica y a la perspectiva feminista, la cual explica la construcción de estructuras de poder a partir de las diferencias de género y las expectativas culturales sobre la maternidad/paternidad. Estos autores refinan el concepto de *gatekeeping* para incluir un conjunto de interacciones complejas y recíprocas entre los cuidadores, según las cuales las madres influyen sobre la participación del padre en la crianza, al manifestar una base consistente y regular de conductas pertenecientes a tres dimensiones independientes: *control*, *apoyo* y *desánimo*.

Por lo tanto, es en la separación dimensional entre *apoyo* y *desánimo* donde encontramos la primera gran diferencia con el modelo anteriormente presentado. Frente a aquellos que conceptualizan *apoyo* y *desánimo* como los extremos contrarios de un mismo continuo, Puhlman & Pasley (2013) argumentan que ambos procesos no son excluyentes, sino que pueden coexistir en un mismo *gatekeeping* definido por la ambivalencia, y abogan por disociarlos en dimensiones y continuos independientes, como exponemos a continuación.

El *apoyo* (*encouragement*) hace referencia a la facilitación, es decir, a la promoción de la participación paterna en la crianza e incluye toda actuación materna que sugiere que el padre es importante. Así pues, las actuaciones de *apoyo* están destinadas a aumentar o mantener altos niveles de participación del padre. Encontramos ejemplos de *apoyo* en las madres que invitan a los padres a la crianza y les piden consejo sobre la misma, les hacen cumplidos y dan muestras de aprecio, los animan a invertir tiempo a solas con los niños, les ofrecen feedback durante las interacciones padre-hijo, promueven celebraciones que sitúan al padre como protagonista (cumpleaños, santo, día del padre...) o hablan sobre el padre de forma favorable ante otras personas, entre las que se incluyen los propios niños. Investigaciones como la de Schoppe-Sullivan et al. (2008) en familias americanas, ponen de manifiesto la clara conexión entre el *apoyo* materno y la participación del padre. Asimismo, existe evidencia de que las creencias de la madre sobre la importancia del rol paterno en el desarrollo de los hijos promueven la implicación del varón en su educación (Fagan & Barnett, 2003; McBride et al., 2005).

Por su parte, el *desánimo* (*discouragement*) es definido como el grado en que la madre se muestra crítica y desalentadora con respecto a la participación del padre en la crianza. Si bien autores como Schoppe-Sullivan et al. (2008) hacían referencia específicamente al criticismo por parte de la madre, esta dimensión reconoce e incluye también otras muchas actuaciones restrictivas, tanto directas como encubiertas. Serían ejemplos evidentes de *desánimo* aquellas madres que interrumpen el tiempo de interacción padre-hijo, expresan al padre lo que consideran que está haciendo mal, lo disuaden de volver a interactuar con el niño y evitan conversaciones sobre la crianza propias del subsistema parental. Por otro lado, encontramos ejemplos de un *desánimo* más sutil o encubierto cuando las madres se quejan ante los demás de la forma en que el padre ejerce su participación, rehacen las tareas previamente realizadas por el padre, boicotean las oportunidades de interacción padre-hijo, realizan comentarios sarcásticos y expresiones no verbales de exasperación o desaprobación (negar con la cabeza, voltear la mirada o poner los ojos en blanco).

Por último, Puhlman & Pasley (2013) añaden el *control* como tercera dimensión en su conceptualización de *gatekeeping*, segunda divergencia con el modelo bidimensional. A diferencia del eje proactividad-reactividad de Schoppe-Sullivan & Altenburger (2019), los autores del modelo tridimensional prefieren centrarse en el poder de la madre a la hora de gestionar los límites familiares, introduciéndolo bajo el nombre de “*control*”.

Como resultado, esta tercera dimensión se refiere a los intentos por regular el flujo de información, energía, recursos y personas en el marco del sistema familiar. En concreto, el *control* varía en función del grado en que las madres (a) supervisan las interacciones padre-hijo y (b) ostentan una posición de liderazgo, teniendo “la última palabra” en las decisiones sobre el funcionamiento familiar. De este modo, las madres con alto *control* gobiernan la toma de decisiones, dictando así la crianza de los hijos y la gestión familiar, mientras que, por el contrario, las madres con un bajo nivel de *control* ejercen un escaso poder sobre los padres, indicando con sus actuaciones que no están al mando de la familia. En general, las madres podrían experimentar un mayor poder para ejercer su *control* en la interacción padre-hijo desde el principio, dado que suelen invertir una mayor cantidad de tiempo con los bebés los meses siguientes al nacimiento (Yavorsky et al., 2015).

De la intersección entre las dimensiones de *control*, *apoyo* y *desánimo* se obtienen hasta ocho perfiles distintos de *gatekeepers*, englobados en dos categorías generales, las cuales constituyen, tal vez, la principal aportación diferencial de este modelo.

En primer lugar, las “**madres polarizadas**” serían aquellas que expresan claramente sus preferencias en relación con la participación del padre (esto es, si están a favor o en contra), actuando predominantemente desde la estrategia de *apoyo* o de *desánimo* en consecuencia. Ante estos perfiles, es más probable que todos los miembros del sistema familiar sepan claramente la actitud de la madre hacia el padre (Puhlman & Pasley, 2013).

Por su parte, las “**madres ambivalentes**” reflejan confusión e incertidumbre sobre sus preferencias en relación con la participación del padre en la crianza. De hecho, pueden llegar a contradecirse a sí mismas, enviando mensajes incongruentes tanto al padre como al hijo. Más allá de responder a su natural indecisión, una madre podría comportarse de forma ambivalente debido a conflictos internos entre aspiraciones profesionales y valores de maternidad o entre la importancia de contar con una figura paterna ejemplar y la percepción de características individuales imperfectas del padre en cuestión. El desafío para los padres reside en la confusión que se genera en cuanto a su implicación en la crianza, la cual suele conducir a conflictos en el seno de la relación conyugal, resultando en última instancia perjudicial para el bienestar de los hijos (Puhlman & Pasley, 2013).

En resumen, si bien ambos modelos consideran centrales tanto *apoyo* como *desánimo*, el bidimensional aporta mayor simplicidad y se focaliza en lo explícito-implícito, mientras que el tridimensional incluye el poder como *control* y resalta la existencia de ambigüedad.

3.3.3. Investigaciones recientes sobre *gatekeeping*

En una primera aproximación empírica al constructo, se ha estudiado si el *gatekeeping* materno realmente puede modular la cantidad de tiempo que los padres invierten en el cuidado. En este sentido, los resultados han mostrado asociaciones entre *gate-closing* materno y una menor participación del padre (Barry et al., 2011), así como *gate-opening* materno y una mayor implicación del padre en actividades de crianza (Zvara et al., 2013).

No obstante, pese a la claridad de sus resultados, la principal limitación de estos estudios residía en medir la participación en términos de cantidad (mediante autoinformes), en vez de centrarse en la calidad de la interacción padre-hijo (a través de observaciones). Más allá de la cantidad de tiempo que el padre dedica al cuidado, se ha comprobado que la calidad de la crianza paterna resulta más influyente en el desarrollo socioemocional de los niños (Pleck, 2010) y en el establecimiento de un apego seguro (Brown et al., 2012).

Es por ello que la reciente investigación de Altenburger et al. (2018) ha innovado al estudiar tanto los efectos del *gatekeeping* sobre la calidad de la crianza paterna como la capacidad de dicha calidad para terminar elicitando respuestas maternas de *gatekeeping*. Los resultados indicaron que, ante comportamientos de *gate-closing* maternos mostrados a los 3 meses postparto, la calidad parental de los padres a los 9 meses del nacimiento disminuía en términos de responsividad a las señales infantiles, nivel de compromiso y tono emocional de la interacción, viéndose perjudicada la relación padre-hijo. Aunque no encontraron asociaciones entre *gate-opening* materno y calidad paterna, dentro de esta estrategia de regulación las autoras destacan la distinción entre *facilitación* (esfuerzos de la madre para aumentar la participación paterna en la crianza) y *apoyo* (actuaciones que apoyan y promueven los esfuerzos de crianza paterna). No disponiendo de datos sobre la calidad, en términos cuantitativos el *gate-opening* de apoyo se ha asociado con aumento de participación paterna (Zvara et al., 2013), mientras que el *gate-opening* de *facilitación* se ha asociado con menores niveles de participación del padre (Fagan & Cherson, 2017).

Pese a que autores como Walker & McGraw (2000) argumentaron que las interacciones entre padre e hijo podrían llegar a elicitar respuestas de *gatekeeping* por parte de la madre, Altenburger et al. (2018) no encontraron que la calidad de la crianza paterna provocara comportamientos específicos de *gatekeeping* en las madres. No obstante, su investigación reveló que la afectividad negativa del hijo se asociaba con un aumento de *gate-opening*: las mujeres “abrirían la puerta” para fomentar la participación paterna cuando necesitan ayuda en la crianza de niños que muestran un temperamento difícil.

4. Conclusiones

La evidencia empírica nos ha mostrado que practicar la *corresponsabilidad* en la crianza supone, con el paso del tiempo, importantes beneficios para la salud y bienestar de todos los miembros del sistema familiar. En cuanto a los hijos, su desarrollo psicosocial se ve favorecido por la implicación de ambos progenitores, mostrando mayores competencias cognitivas, sociales y emocionales, así como mayores niveles de autoestima y menores problemas de conducta. Atendiendo a la nueva coyuntura sociocultural que surge de la incorporación de la mujer al mundo laboral, alcanzar este equilibrio significa para los progenitores una menor sobrecarga de la mujer, una mayor conciliación familia-trabajo, mayor satisfacción marital y mayor conexión padre-hijo, entre otras muchas ventajas.

En el ejercicio de una paternidad *responsable*, definida por habilidades no-tradicionales de *cuidado indirecto* (material y social) y *consciencia parental* (capacidad de supervisar, detectar necesidades y tomar la iniciativa en el cuidado de los hijos), parece hallarse la clave para la consecución por parte del varón de la verdadera corresponsabilidad. Siendo una dimensión exigente de la crianza, su puesta en práctica excede el mero compromiso inicial de muchos varones, tal y como nos muestra el estudio sobre anticipación prenatal de González et al., (2018). Si bien una muestra de 31 padres pudiera resultar algo escasa, de su investigación se desprende que la *responsabilidad* constituye la dimensión de la participación en la crianza más difícil de cultivar para los padres y, por lo tanto, en la que más hay que incidir y trabajar desde la Psicología. Dado que la “buena intención” parece no ser suficiente, es necesario realizar esfuerzos prácticos para responsabilizarse más. Sin embargo, volviendo a la teoría de la identidad, seguimos considerando esencial promover, ya desde el mismo momento del embarazo, tanto la vinculación como la adopción de una identidad paterna cercana al cuidado y comprometida con la crianza, con el objetivo de que, tras el nacimiento del bebé, los padres se encuentren motivados a validar con sus prácticas reales el conjunto de expectativas, significados y roles internalizados.

En lo que respecta a las madres, su característico *gatekeeping* a modo de mecanismo de regulación del contacto con el hijo ha mostrado ejercer una gran influencia sobre la participación del padre en la crianza. Incorporar en la conceptualización de este fenómeno tanto la inhibición como la facilitación de las prácticas de crianza del varón ha permitido formular modelos interesantes desde los que entender las dinámicas de coparentalidad. Mientras la polarización de las madres hacia el *apoyo* o el *desánimo* permite a todos los miembros del sistema familiar saber a qué atenerse sobre una base sólida y predecible, es

de esperar que la confusión que suscitan aquellas estrategias de *gatekeeping* ambivalentes y contradictorias se traduzca en un peor funcionamiento, no sólo del subsistema parental, sino familiar en general. Sabiendo que no se trata de una estrategia exclusiva de la mujer ni del ámbito de crianza, así como de su carácter recíproco y dinámico, resulta necesario ampliar nuestro conocimiento sobre este fenómeno en el futuro, atendiendo a su gran complejidad y desarrollando programas de intervención específicos de *gatekeeping*.

En el marco de la intervención psicológica, sea de carácter preventivo (psicoeducación) o paliativo (psicoterapia), conviene pues avanzar hacia una corresponsabilidad parental real que posibilite la consecución del modelo familiar de doble ingreso-doble cuidador. Si bien este objetivo implicará aterrizar y materializar en la práctica cotidiana muchas de las actitudes no-tradicionales hacia las que parecen haber evolucionado la gran mayoría de parejas actuales, resulta crucial dirigir los esfuerzos a trabajar sobre los roles de género subyacentes a la paternidad y la maternidad, dado que estos parecen guiar buena parte de los cambios personales y familiares que se producen a raíz del nacimiento del primer hijo.

No obstante, pretender focalizar el cambio exclusivamente en la modificación de roles, creencias y prácticas de los progenitores supondría cargarles injustamente con la totalidad de la responsabilidad. Más allá del cambio intranivel, desde la Psicología sabemos de la importancia de analizar los problemas según distintos niveles ecológicos, lo cual incluye modificar el modo en que los servicios de salud y sociales atienden a las familias. Como bien señalan Sicouri et al., (2018), una de las principales barreras para la participación del padre en intervenciones de crianza se debe a la percepción de los varones de que estos programas se encuentran predominantemente dirigidos y centrados en las madres. Puesto que las redes de apoyo informal, aun ejerciendo un gran impacto, no parecen del todo preparadas para aportar modelos de referencia capaces de hacer frente a la compleja situación que atraviesan las nuevas parejas, las redes formales que conformamos como profesionales de la Psicología deben ofrecer un apoyo amplio y a disposición de todas las familias y sus miembros, pero, al mismo tiempo, diverso y específico, en función tanto de la etapa del ciclo vital como de las condiciones de la situación familiar.

Con todo, debemos tomar conciencia de que ejercer la paternidad / maternidad no es una tarea sencilla. Dado que la transición a la parentalidad supone un momento de cambios, adaptaciones y cierta vulnerabilidad para la mayoría de familias, los psicólogos debemos estar preparados para comprender, atender y dar respuesta a la agudización de necesidades de apoyo inherentes a este significativo proceso evolutivo tanto personal como familiar.

5. Bibliografía

- Allen, S. M., & Hawkins, A. J. (1999). Maternal Gatekeeping: Mothers' Beliefs and Behaviors That Inhibit Greater Father Involvement in Family Work. *Journal of Marriage and the Family*, 61(1), 199–212. <https://doi.org/10.2307/353894>
- Altenburger, L. E., Schoppe-Sullivan, S. J., & Kamp Dush, C. M. (2018). Associations Between Maternal Gatekeeping and Fathers' Parenting Quality. *Journal of Child and Family Studies*, 27(8), 2678–2689. <https://doi.org/10.1007/s10826-018-1107-3>
- Barry, A. A., Smith, J. Z., Deutsch, F. M., & Perry-Jenkins, M. (2011). Fathers' Involvement in Child Care and Perceptions of Parenting Skill Over the Transition to Parenthood. *Journal of Family Issues*, 32(11), 1500–1521. <https://doi.org/10.1177/0192513X11406229>
- Bayer, J. K., Hiscock, H., Hampton, A., & Wake, M. (2007). Sleep problems in young infants and maternal mental and physical health. *Journal of Paediatrics and Child Health*, 43(1–2), 66–73. <https://doi.org/10.1111/j.1440-1754.2007.01005.x>
- Belsky, J., & Hsieh, K. H. (1998). Patterns of marital change during the early childhood years: Parent personality, coparenting, and division-of-labor correlates. *Journal of Family Psychology*, 12(4), 511–528. <https://doi.org/10.1037/0893-3200.12.4.511>
- Belsky, J., Lang, M., & Huston, T. L. (1986). Sex Typing and Division of Labor As Determinants of Marital Change Across the Transition to Parenthood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50(3), 517–522. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.50.3.517>
- Belsky, J., & Rovine, M. (1990). Patterns of Marital Change across the Transition to Parenthood: Pregnancy to Three Years Postpartum. *Journal of Marriage and the Family*, 52(1), 5–19. <https://doi.org/10.2307/352833>
- Bouchard, G., & Poirier, L. (2011). Neuroticism and well-being among employed new parents: The role of the work-family conflict. *Personality and Individual Differences*, 50(5), 657–661. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2010.12.012>
- Brown, G. L., Mangelsdorf, S. C., & Neff, C. (2012). Father involvement, paternal sensitivity, and father-child attachment security in the first 3 years. *Journal of Family Psychology*, 26(3), 421–430. <https://doi.org/10.1037/a0027836>
- Cabrera, N. J., Fagan, J., & Farrie, D. (2008). Explaining the Long Reach of Fathers' Prenatal Involvement on Later Paternal Engagement. *Journal of Marriage and Family*, 70(5), 1094–1107. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2008.00551.x>
- Carrasco, M. J., & Martínez-Díaz, M. P. (2011). Las familias de doble empleo: realidad y estrategias de adaptación. In L. M. Llavona & F. X. Méndez (Eds.), *Manual del psicólogo de familia* (pp. 279–298). Pirámide.
- Castro, T., Martín, T., Cordero, J., & Seiz, M. (2018). El desafío de la baja fecundidad en España. In Universidad Pontificia Comillas (Ed.), *Informe España 2018* (pp. 165–

228).

- Condon, J. T., Boyce, P., & Corkindale, C. J. (2004). The first-time fathers study: A prospective study of the mental health and wellbeing of men during the transition to parenthood. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 38(1–2), 56–64. <https://doi.org/10.1111/j.1440-1614.2004.01298.x>
- Cowan, C. P., & Cowan, P. A. (2000). *When partners become parents: The big life change for couples*.
- Cowan, C. P., & Cowan, P. A. (2019). Enhancing Parenting Effectiveness, Fathers' Involvement, Couple Relationship Quality, and Children's Development: Breaking Down Silos in Family Policy Making and Service Delivery. *Journal of Family Theory and Review*, 11(1), 92–111. <https://doi.org/10.1111/jftr.12301>
- Cowan, P. A., Cowan, C. P., Pruett, M. K., Pruett, K., & Wong, J. J. (2009). Promoting fathers' engagement with children: Preventive interventions for low-income families. *Journal of Marriage and Family*, 71(3), 663–679. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2009.00625.x>
- Cox, M. J., Paley, B., Burchinal, M., & Payne, C. C. (1999). Marital Perceptions and Interactions Across the Transition to Parenthood. *Journal of Marriage and the Family*, 61(3), 611–625. <https://doi.org/10.2307/353564>
- De Luccie, M. F. (1995). Mothers as Gatekeepers: A Model of Maternal Mediators of Father Involvement. *The Journal of Genetic Psychology*, 156(1), 115–131. <https://doi.org/10.1080/00221325.1995.9914811>
- Dew, J., & Wilcox, W. B. (2011). If Momma ain't happy: Explaining declines in marital satisfaction among new mothers. *Journal of Marriage and Family*, 73(1), 1–12. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2010.00782.x>
- Dominguez-Folgueras, M. (2015). Parentalidad y división del trabajo doméstico en España, 2002-2010. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 149, 45–64. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.149.45>
- Don, B. P., & Mickelson, K. D. (2014). Relationship satisfaction trajectories across the transition to parenthood among low-risk parents. *Journal of Marriage and Family*, 76(3), 677–692. <https://doi.org/10.1111/jomf.12111>
- Elek, S. M., Brage Hudson, D., & Bouffard, C. (2003). Marital and parenting satisfaction and infant care self-efficacy during the transition to parenthood: The effect of infant sex. *Comprehensive Child and Adolescent Nursing*, 26(1), 45–57. <https://doi.org/10.1080/01460860390183065>
- Fagan, J., & Barnett, M. (2003). The Relationship between Maternal Gatekeeping, Paternal Competence, Mothers' Attitudes about the Father Role, and Father Involvement. *Journal of Family Issues*, 24(8), 1020–1043. <https://doi.org/10.1177/0192513X03256397>

- Fagan, J., & Cherson, M. (2017). Maternal Gatekeeping: The Associations Among Facilitation, Encouragement, and Low-Income Fathers' Engagement With Young Children. *Journal of Family Issues*, 38(5), 633–653. <https://doi.org/10.1177/0192513X15578007>
- Gay, C. L., Lee, K. A., & Lee, S. Y. (2004). Sleep patterns and fatigue in new mothers and fathers. *Biological Research for Nursing*, 5(4), 311–318. <https://doi.org/10.1177/1099800403262142>
- González, M. J., Lapuerta, I., Martín-García, T., & Seiz, M. (2018). Chapter 1: Anticipating and Practicing Fatherhood in Spain. In *Contemporary Perspectives in Family Research* (Vol. 12, pp. 17–44). <https://doi.org/10.1108/S1530-353520180000012002>
- Grote, N. K., & Clark, M. S. (2001). Perceiving unfairness in the family: Cause or consequence of marital distress? *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(2), 281–293. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.80.2.281>
- Hackel, L. S., & Ruble, D. N. (1992). Changes in the Marital Relationship After the First Baby Is Born: Predicting the Impact of Expectancy Disconfirmation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 62(6), 944–957. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.62.6.944>
- Heinicke, C. M. (1984). Impact of prebirth parent personality and marital functioning on family development: A framework and suggestions for further study. *Developmental Psychology*, 20(6), 1044–1053. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.20.6.1044>
- Hidalgo, M. V. (1998). Transición a la maternidad y la paternidad. In *Familia y desarrollo humano* (pp. 161–180).
- Hidalgo, M. V., & Menéndez, S. (2003). La pareja ante la llegada de los hijos e hijas. Evolución de la relación conyugal durante el proceso de convertirse en padre y madre. *Infancia y Aprendizaje*, 26(4), 469–483. <https://doi.org/10.1174/021037003322553851>
- Hidalgo, M. V., & Menéndez, S. (2009). Apoyo a las familias durante el proceso de transición a la maternidad y la paternidad. *Familia: Revista de Ciencias y Orientación Familiar*, 38, 133–152. <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/30886>
- Holmes, E. K., Sasaki, T., & Hazen, N. L. (2013). Smooth versus rocky transitions to parenthood: Family systems in developmental context. *Family Relations*, 62(5), 824–837. <https://doi.org/10.1111/fare.12041>
- Katz-Wise, S. L., Priess, H. A., & Hyde, J. S. (2010). Gender-role attitudes and behavior across the transition to parenthood. *Developmental Psychology*, 46(1), 18–28. <https://doi.org/10.1037/a0017820>
- Knauth, D. G. (2001). Marital Change During the Transition to Parenthood. *Pediatric Nursing*, 27(2), 169–172. <https://doi.org/10.11201/jjdp.16.15>

- Lamb, M. E., Pleck, J. H., Charnov, E. L., & Levine, J. A. (1987). A Biosocial Perspective on Paternal Behavior and Involvement. In *Parenting Across the Life Span* (pp. 111–142). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315126005-7>
- Lee, M. (2010). The Big Five Personality Traits and Maternal Gatekeeping at the Transition to Parenthood. In *The Ohio State University*. <http://hdl.handle.net/1811/45471>
- Lévesque, S., Bisson, V., Charton, L., & Fernet, M. (2020). Parenting and Relational Well-being During the Transition to Parenthood: Challenges for First-time Parents. *Journal of Child and Family Studies*, 29(7), 1938–1956. <https://doi.org/10.1007/s10826-020-01727-z>
- Levy-Shiff, R. (1994). Individual and Contextual Correlates of Marital Change Across the Transition to Parenthood. *Developmental Psychology*, 30(4), 591–601. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.30.4.591>
- Markham, M. S., & Coleman, M. (2012). The Good, the Bad, and the Ugly: Divorced Mothers' Experiences With Coparenting. *Family Relations*, 61(4), 586–600. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3729.2012.00718.x>
- Martínez-Díaz, M. P. (2019). Familias de doble ingreso: Corresponsabilidad y roles de género. In *Conciliación y corresponsabilidad laboral y familiar* (pp. 99–120).
- Matthey, S., Barnett, B., Ungerer, J., & Waters, B. (2000). Paternal and maternal depressed mood during the transition to parenthood. *Journal of Affective Disorders*, 60(2), 75–85. [https://doi.org/10.1016/S0165-0327\(99\)00159-7](https://doi.org/10.1016/S0165-0327(99)00159-7)
- McBride, B. A., Brown, G. L., Bost, K. K., Shin, N., Vaughn, B., & Korth, B. (2005). Paternal Identity, Maternal Gatekeeping, and Father Involvement*. *Family Relations*, 54(3), 360–372. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3729.2005.00323.x>
- Medina, A. M., Lederhos, C. L., & Lillis, T. A. (2009). Sleep Disruption and Decline in Marital Satisfaction Across the Transition to Parenthood. *Families, Systems and Health*, 27(2), 153–160. <https://doi.org/10.1037/a0015762>
- Meijer, A. M., & Van Den Wittenboer, G. L. H. (2007). Contribution of infants' sleep and crying to marital relationship of first-time parent couples in the 1st year after childbirth. *Journal of Family Psychology*, 21(1), 49–57. <https://doi.org/10.1037/0893-3200.21.1.49>
- Pleck, J. H. (2010). Paternal involvement: Revised conceptualization and theoretical linkages with child outcomes. In *The Role of the Father in Child Development: Vol. Fifth Edit* (Issue Editor Michael E. Lamb, pp. 58–93).
- Puhlman, D. J., & Pasley, K. (2013). Rethinking Maternal Gatekeeping. *Journal of Family Theory & Review*, 5(3), 176–193. <https://doi.org/10.1111/jftr.12016>
- Putnam, S., Sanson, A., & Rothbart, M. (2002). Child temperament and parenting. In *Handbook of parenting: Vol 1. Children and parenting* (Issue January, pp. 255–277).

- Ryan, R. M., & Padilla, C. M. (2019). 15. TRANSITION TO PARENTHOOD. In *Handbook of parenting: Vol 3. Being and Becoming a Parent* (pp. 513–555).
- Sanchez, L., & Thomson, E. (1997). Becoming mothers and fathers: Parenthood, gender, and the division of labor. *Gender and Society*, *11*(6), 747–772. <https://doi.org/10.1177/089124397011006003>
- Sano, Y., Richards, L. N., & Zvonkovic, A. M. (2008). Are Mothers Really “Gatekeepers” of Children? *Journal of Family Issues*, *29*(12), 1701–1723. <https://doi.org/10.1177/0192513X08321543>
- Schoppe-Sullivan, S. J., & Altenburger, L. E. (2019). Parental Gatekeeping. In M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of Parenting* (Vol. 3, pp. 167–198). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429433214-5>
- Schoppe-Sullivan, S. J., Brown, G. L., Cannon, E. A., Mangelsdorf, S. C., & Sokolowski, M. S. (2008). Maternal gatekeeping, coparenting quality, and fathering behavior in families with infants. *Journal of Family Psychology*, *22*(3), 389–398. <https://doi.org/10.1037/0893-3200.22.3.389>
- Sicouri, G., Tully, L., Collins, D., Burn, M., Sargeant, K., Frick, P., Anderson, V., Hawes, D., Kimonis, E., Moul, C., Lenroot, R., & Dadds, M. (2018). Toward Father-friendly Parenting Interventions: A Qualitative Study. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, *39*(2), 218–231. <https://doi.org/10.1002/anzf.1307>
- Thompson, L., & Walker, A. J. (1989). Gender in Families: Women and Men in Marriage, Work, and Parenthood. *Journal of Marriage and the Family*, *51*(4), 845.
- Walker, A. J., & McGraw, L. A. (2000). Who Is Responsible for Responsible Fathering? *Journal of Marriage and Family*, *62*(2), 563–569. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2000.00563.x>
- Yavorsky, J. E., Kamp Dush, C. M., & Schoppe-Sullivan, S. J. (2015). The Production of Inequality: The Gender Division of Labor Across the Transition to Parenthood. *Journal of Marriage and Family*, *77*(3), 662–679. <https://doi.org/10.1111/jomf.12189>
- Yeung, W. J., Sandberg, J. F., Davis-Kean, P. E., & Hofferth, S. L. (2001). Children’s time with fathers in intact families. *Journal of Marriage and Family*, *63*(1), 136–154. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2001.00136.x>
- Zimmerman, T. S., Haddock, S. A., Current, L. R., & Ziemba, S. (2003). Intimate partnership: Foundation to the successful balance of family and work. *American Journal of Family Therapy*, *31*(2), 107–124. <https://doi.org/10.1080/01926180301126>
- Zvara, B. J., Schoppe-Sullivan, S. J., & Dush, C. K. (2013). Fathers’ Involvement in Child Health Care: Associations with Prenatal Involvement, Parents’ Beliefs, and Maternal Gatekeeping. *Family Relations*, *62*(4), 649–661. <https://doi.org/10.1111/fare.12023>